

REVISTA MODERNA

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO III = BOGOTÁ, FEBRERO 1.º DE 1916 = N.º 15

DOS PROBLEMAS NACIONALES

EN los actuales momentos confronta el país dos cuestiones de diversa índole y de la más alta trascendencia: propiedad del Ferrocarril de Girardot y saneamiento del Puerto de Buenaventura.

Consideramos de actualidad el llamar hacia ellas la atención, ya que se relacionan con la soberanía y el crédito colombianos.

FERROCARRIL DE GIRARDOT

Justificada extrañeza ha causado en gran parte del público el que se viera precisado el Gobierno a pedir venia en Londres para nombrar Gerente del Ferrocarril de Girardot, propiedad que la Nación ha pagado a precio de rescate y cuyo absoluto control y dominio debiera pertenecerle. Habiendo contraído el país, en 1913, responsabilidad directa y efectiva por \$ 7.500.000 oro (£ 1.500.000) como precio de compra de una empresa que a la vez le adeuda cerca de \$ 2.750.000, y cuyo valor total si fuera a realizarse hoy no alcanzaría a \$ 4.000.000, parece incomprensible y absurdo que no disponga siquiera el Gobierno de libertad para designarle administrador. Tal es sin embargo la situación, cuyo estudio ha sido relegado a segundo término por quienes se han ocupado

en los días últimos en discutir y comentar el nombramiento del señor Daniel J. Reyes; problema cuya solución urge con fuerza inaplazable si se quiere cortar con una odiosa anomalía, y, que el país éntre por fin en posesión de algo que le pertenece ampliamente.

Para precisar la irrisoria sujeción en que nos encontramos con respecto a la Compañía del Ferrocarril de Girardot desde hace tres años, conviene recordar lo que el Gobierno persiguió al verificar en enero de 1913 la Conversión Roa-Duncan; lo que se ha obtenido en la práctica, y lo que resta aún por consumir.

Con la conversión celebrada en Londres en 1913 por el Agente del Gobierno de Colombia, señor Roa, y el Representante de los tenedores de bonos hipotecarios emitidos por la Compañía del Ferrocarril de Girardot, señor Duncan, el Gobierno buscó la adquisición y propiedad de la Empresa, la cancelación de las concesiones de que ella gozaba, el derecho de liquidar la Compañía, y cesar en la obligación de suministrarle cuantos fondos ella necesitase o pretendiese necesitar para la obra material, pago de intereses, gastos de dirección, administración, etc., sumas que iban a fondo perdido. La Nación asumió responsabilidad directa y efectiva y el Congreso sancionó la emisión de bonos de deuda externa por \$ 7.500.000, con interés de 6 por 100 y 1 por 100 para fondo de amortización, garantizados de manera específica con siete unidades (7 por 100) de la renta de aduanas y destinados a cubrir íntegramente los compromisos contraídos por la Compañía en cuatro empréstitos sucesivos cuyo monto llegaba a \$ 7.400.000 (£ 1.480.000), los cuales se hallaban respaldados también en diversas formas.

Así cumplió la Nación, como siempre, con su respectiva carga de deberes, y por un momento creyó que quedaba cerrado un capítulo de escándalo y finalizado uno de los negocios más costosos en la historia de construc-

ción de vías férreas. Y así habría sucedido a no mediar alguna imprevisión oficial y si no hubiese surgido, como siempre, el grupo híbrido e insaciable organizado en Londres con el objetivo vital y único de revolver el río para realizar la pesca milagrosa de la libra esterlina, hermandad con residencia fija, dirección registrada y nombre propio. La funesta influencia se hizo sentir, la conversión se cerró quedando por fuera bonos por valor aproximado de \$ 1.400.000 y 600.000 acciones gratuitas en una Compañía, desprestigiada e insolvente, que escasamente valen el papel en que están escritas pero que se pretende valorizar a costa del Tesoro colombiano. La Nación no ha entrado en posesión del Ferrocarril, ni ha liquidado la Compañía, ni ha dejado de ser fiel y humilde tributaria de ella, sin derecho siquiera de nombrar Gerente, a pesar de contar con mayoría en la Junta Directiva de que el Gobierno designa dos de los tres directores (1).

Como derivado natural de las intrigas que frustraron la Conversión Roa-Duncan, hoy se pretende imponerle a la Nación la compra de los bonos no convertidos, por dinero y a la par; y la adquisición de acciones en una empresa tres veces quebrada, sin contabilidad, y cómplice sumisa cuando el señor Jenks ordenó incinerar los comprobantes de construcción del Ferrocarril. Por fortuna no han muerto las grullas de Ibico: entidad que maneja caudales ajenos y no rinde cuentas, debe ser considerada como administrador infidente (2).

(1) Los señores Saturnino Restrepo y Baldomero Sanín Cano, Directores por parte del Gobierno desde que comenzó a regir el contrato de 22 de septiembre de 1908, y distinguidos colombianos, tienen la obligación de dar cuenta al país de cómo ha funcionado la Compañía mientras han representado en ella los intereses a su cargo. («El Ferrocarril de Girardot» *Apuntes Fiscales*, por el doctor Francisco Montaña). El señor Sanín Cano fue además Secretario de la Agencia Fiscal mientras actuaba como Director de la Compañía, de la cual es Presidente el señor Macarthy, amigo connotado del señor Jenks.

(2) REVISTA MODERNA, Julio de 1915. *Redención Ferroviaria*. Lo que entonces dijimos sobre el problema del Ferrocarril de Girardot, concuerda con las opiniones emitidas recientemente por el señor Francisco Montaña en su importante exposición.

Para cortar tan intolerable maraña, que no hará más que complicarse cada día, dispone el Gobierno de la facultad expresa que le da la Ley 115 de 1913, de que fue autor el señor Concha. Por ella se ordena hacer efectivos los créditos contra la Compañía, y adoptar cualquier camino hasta obtener el remate y adjudicación de la empresa a la Nación. Siendo el Gobierno, como resultado de la Conversión Roa-Duncan, tenedor de los bonos hipotecarios del Ferrocarril en proporción de ochenta por ciento, nada le impide proceder a la ejecución de la ley, y llegar indirectamente a recoger los títulos que quedan por fuera, en la misma forma en que lo fueron los otros. En este sentido han dado dictamen hábiles consultores en Londres y Bogotá.

En cuanto a las acciones en la Compañía misma, y para que no se tema vulnerar justos derechos de terceros, no está de sobra repetir que tales papeles no representan en su origen capital pagado ninguno. Son donaciones, primas o comisiones secretas, que no se cotizan ni se cotizarán en largo tiempo porque sería necesario para valorizarlas que el Ferrocarril produjera más de un millón de dollars por año. La adquisición de ellas tampoco interesa para obtener votos en la Compañía, puesto que la Nación nombra a dos de los tres directores que forman la Junta, teniendo así mayoría permanente. Todavía más: es suficiente la voluntad del Gobierno para liquidar la Compañía, y al liquidarla, las acciones entrarían al activo y le serían adjudicadas en pago parcial de sus acreencias.

Para cosechar el resultado que se persiguió con la Conversión Roa-Duncan y que hasta hoy ha sido tristemente nominal, parece que basta con un esfuerzo de voluntad y el esfuerzo se impone. Ante él, accionistas y tenedores de bonos serían los primeros en facilitar arreglos que ahora rechazan. Lo existente es un absurdo inconce-

bible que embaraza la franca administración y buena marcha del Ferrocarril: si se descuida el servicio, se perjudica el público y el Gobierno; si se mejora y prosperan los rendimientos, más difícil será adquirir en él los derechos que aún faltan (1).

Hay quien diga que el Gobierno vacilaría en forzar la liquidación de una Compañía de que es accionista, por temor de comprometer el crédito del país. No es creíble. Semejante consideración merecería apenas una piadosa sonrisa. Es la frase sacramental que desde Londres se lanza periódicamente a Colombia, alternada con el acorazado, cuando entran en pugna los derechos nacionales con las pretensiones de la especulación sin escrúpulo. El recurso ha ido gastándose: lo del crédito es una suave variedad de chantage, y el acorazado de ancla levantada y calderas prendidas no es otro que El Buque Fantasma.

A. R. U.

SANEAMIENTO DE BUENAVENTURA.

Conocen nuestros lectores la comunicación oficial por la cual se avisa de los Estados Unidos que el gobierno americano se halla decidido a emprender las obras de saneamiento de Buenaventura, si Colombia no da principio inmediato a la higienización de nuestro principal puerto en el Pacífico. Obedece tal decisión al peligro en que se halla la salubridad pública de Panamá y de la zona del Canal con ocasión de la epidemia de fiebre amarilla

(1) Refiriéndose a la época en que fue Gerente del Ferrocarril de Girardot el señor Aquileo Osorio, escribe el doctor Montaña: «Recuérdese que fueron los informes inexactos dados al público por el Gobierno, de que el Ferrocarril estaba dejando cuantiosas utilidades netas, los que produjeron el conflicto con los obligatarios de la segunda emisión e hicieron nacer las pretensiones exageradas de éstos, dando lugar, además, a las desventajosas condiciones que hubo de aceptar el Gobierno para realizar la Conversión. La malhadada compra de acciones iniciada ha hecho surgir esperanzas infundadas en los accionistas, y esa es una de las causas de las dificultades con que está tropezando la terminación del cambio de los bonos».

que ha aparecido en Buenaventura y que, dicho sea de paso, amenaza también invadir el valle del Cauca. Terminados los trabajos de saneamiento, el gobierno americano cobrará su importe al de Colombia.

A fin de conjurar la intromisión americana, se dice que el Gobierno dedicará una partida de \$ 30.000 para dar principio a los trabajos preliminares de higienización. Mas como el Congreso no votó partida para esta clase de gastos y el Código Fiscal prohíbe abrir créditos suplementales antes de transcurridos cuatro meses de cerradas las sesiones, ignoramos si el gobierno se detendría en consideraciones legales para salvar la soberanía nacional.

Por infortunada coincidencia, la humillación nos llega en los precisos momentos en que se espera recibir una suma de dinero y arreglar anteriores dificultades con la República del Norte. Nadie es directamente responsable de que haya aparecido la fiebre amarilla en Buenaventura; mas sí debemos dejar constancia de la incuria de nuestro Congreso que, teniendo a su estudio la grave cuestión de saneamiento de aquel puerto desde las sesiones de 1914, nada proveyó a tal fin y resolvió invertir su tiempo, como el país lo recuerda, en discusiones de estéril política. Ya empezamos a sufrir las consecuencias de tan lamentable imprevisión.

Por otra parte, debemos pensar que al erogar la suma de \$ 30.000, sólo se trata de ganar tiempo y de aplacar, con unas gotas de oro, la sed de salubridad que caracteriza al gobierno y pueblo americanos. En efecto, del Informe que con fecha 3 de marzo de 1914 presentó al Ministerio de Obras Públicas la casa S. Pearson & Son, de Londres, aparece que el más módico de los tres presupuestos referentes al saneamiento y adaptación moderna de la bahía y ciudad de Buenaventura, asciende a la suma de £ 1.445.887, o sea \$ 7.229.435, que se descompone así:

Excavación por draga.....£	272.928
Excavación y relleno por bombas.....	181.121
Muro de defensa.....	537.498
Nivelación de la ciudad.....	42.000
Bitas y escaleras.....	2.000
Equipo del puerto.....	87.293
Faros y valizas.....	17.703
Abastecimiento de aguas potables.....	55.797
Sistema de cloacas.....	27.402
Drenaje y pavimentación.....	53.738
Edificios.....	114.155
Alumbrado y energía eléctrica.....	54.252
Costo total.....£	<u>1.445.887</u>

¿Por dónde empezarán nuestros ingenieros sanitarios a invertir los \$ 30.000? ¿Al agotarse esta partida se habrá conseguido dominar las causas de la epidemia? ¿Los Estados Unidos se declararán satisfechos con las obras que se emprendan? Lo dudamos. A más de una razón de orden muy justificable, cual es en verdad la de salud pública, alcanzamos a ver en la determinación del gobierno de Washington otra de orden puramente material, y es la de que las obras que deban emprenderse se hagan con capital americano, en el caso de que sea aprobado el tratado. Si éste no lo fuere, la cuestión Buenaventura podrá pasar a figurar en primera línea entre nuestros más graves problemas, sin excluir el que entraña la pérdida de Panamá. No debemos olvidar que en esta última emergencia, también los Estados Unidos hicieron suyo el dicho latino: «*Salus populi suprema lex est*».

A fin de que se pueda juzgar de nuestra falta de preparación para atender a las imperiosas necesidades de la hora presente, queremos insertar el siguiente telegrama, al pie del cual aparecen más de cien firmas:

Buenaventura, diciembre 29 de 1915.

Presidente República, Junta Central Higiene.—Bogotá.

Inspector Sanidad Pacifico, obrando patrióticamente, persiguiendo noble, humanitario fin mejorar condición sanitaria este puerto, contrató construcción una cañería urgentísima para desecar pantanos en manzana donde tuvo origen fiebre amarilla. Obra ejecútase correcta y económicamente. Gobernación, mal informada, procura suspenderla. Procedimiento inconsulto genera inmensos daños a sanidad población. Gastos hácense por cuenta Nación y dueños edificios. En nombre humanidad lesionada, rogamos ordenéis continúen meritorias labores Inspector Sanidad. Población agradecidísima.

Debemos creer que el señor Gobernador procedió legalmente. Sólo que este funcionario jamás pudo imaginar, al ordenar la suspensión de una modestísima obra de salubridad, que en esos precisos momentos el gobierno americano tenía fija la mirada en la ciudad de Buenaventura y se ocupaba también en el problema de su higienización.

E. C. M.

Enero de 1916.

Geografía de Colombia

EXPLORACIONES

EN LOS ANDES COLOMBIANOS

DE CALOTO A TORIBÍO

DESPUES de atravesar en toda su longitud el rico y hermoso valle del Cauca, desde Cartago hasta Santander, y habiendo arreglado aquí todo lo necesario para emprender la exploración de la cordillera, seguimos por Caloto, en dirección a Toribío, trasmontando los primeros contrafuertes que en esta parte son altas y em-

pinadas lomas desprendidas del nudo de Pitayó, y que, corriendo de sur a norte, van a morir en la hoya del río Palo; todas son de cimas angostas y más o menos horizontales, y están separadas por estrechos valles, por los cuales corren diversos ríos tributarios del Palo. El panorama que se ofrece a la vista desde la cima de la loma de Caloto, llamada con razón Miraflores, es encantador: al pie se ve esta ciudad en medio de sus dos ríos, Grande y Chico—nombres dados por los fugitivos pobladores de la ciudad destruida por los Páeces en el sitio de San Francisco—en memoria de los que alimentaban su primitiva ciudad, cuyas condiciones topográficas quisieron reproducir en la nueva fundación. Un poco al sur, y medio oculta por aisladas colinas, se ve la población de Santander, llamada antes Quilichao por el nombre de la tribu en que la fundó Belalcázar, por el año de 1543, con el nombre de Jamaica. Hacia el norte se domina el extenso valle, medio velado por la bruma, como inmenso mosaico, en que el verde claro de los cañaverales y el verde azulado de las *matas de monte* contrastan con el alegre porte de los guaduales y con los cuadros de un rojo encendido, formados por los cachimbos florecidos que sombrean extensos cacaotales. El río Palo, en cuyas riberas existe inagotable el inmenso platanar que los indios conocían desde la más remota antigüedad con el nombre de *Julú*, se ve en medio de los bosques como inmensa serpiente de plata. Al frente limita el panorama la cordillera occidental, cuyos ásperos picos aparecen coronados por los arreboles del sol poniente.

Riquísimos aluviones auríferos existen en esta parte del valle en una y en otra banda del río Cauca, los que por el norte se extienden hasta el río Cali, en la banda occidental, y hasta el Güengüé, principalmente, en la oriental. Ellos fueron conocidos y explotados por los primitivos habitantes de esta región, y fueron el aliciente pode-

roso que tuvieron Belalcázar y sus tenientes para emprender su conquista y para llevar a cabo la fundación de numerosas e importantes poblaciones. A sus minas debe la población de Santander su creciente desarrollo comercial; y a pesar de que sólo son trabajadas por negros, y eso aisladamente y por el sistema primitivo, sin elementos de ninguna clase, no hay semana en que baje de \$ 5.000 el cambio de oro, y en ciertos días de festividades sube a \$ 20 y a \$ 25.000.

Desde Miraflores nos despedimos del valle del Cauca con mirada cariñosa, y descendiendo a Valleshondos llegamos al río Jambaló, río de los más ricos en oro, y que, naciendo en el páramo de Moras, corre de sur a norte por espacio de doce leguas, hasta dar en el Palo. Los indios, descendientes de los Páeces, y que son los casi únicos pobladores de esta región, lavan en él constantemente y sacan buenas cantidades de oro.

Al pasar el río, y al principiar a subir la empinada cuesta de la Laguna, nos alcanzó el general Güeynás. Inmediatamente le entregamos algunas cartas de recomendación que para él llevábamos, y desde ese momento tratamos con él franca y cordial amistad. El general, que pertenece a los caciques de Lame en Tierradentro, es también reconocido como tal por los indios de Toribío y San Francisco, por su matrimonio con una hija del cacique de este último pueblo. Es de raza pura, de estatura más que mediana y de complexión vigorosa. Tiene las facciones pronunciadas; la mirada dulce; metal de voz suave, y sonrisa bondadosa. El conjunto es simpático, y su trato culto y delicado. Cuando se enoja le chispean los ojos y se torna en áspero el apacible gesto, como tuvimos, más tarde, ocasión de verlo, cuando, indignado por la conducta hostil de los de Huila, prorrumpió en francas y terribles amenazas, que surtieron muy buen efecto. Hoy es general de la República, pero no es de aquí de donde viene la in-

fluencia de que goza en Tierradentro; ella reconoce por causa los derechos que por herencia le corresponden y las virtudes que lo adornan.

El general montaba una buena mula, y detrás de él, y a pie, venía su esposa, con su maleta terciada a la espalda, y acompañada de dos indios y de un perro; llamónos la atención la agilidad y la ligereza con que trepaba la empinada cuesta. La cacica vestía el traje usado por los indios: sombrero fino de ramo; la cabellera recogida en una trenza apretada en toda su longitud con una faja angosta de lana de diversos colores; un *anaco* (el chirca-te muisca) blanco y otro negro encima, sujetos a la cintura por un ancho *chumbe*, y en los hombros por dos largos topes de oro; estaba adornada con varias gargantillas de cuentas de vidrio azules, y en las orejas llevaba un par de enormes zarcillos de plata (*candongas*) asidos por detrás por medio de cintas verdes y rojas.

Desde la cima de la loma de la Laguna se divisa, al pie, el valle de los Toribíos, que es un estrecho cañón por el cual corre el río San Francisco, de aguas puras y de mediano caudal, en dirección de sur a norte por un espacio como de tres leguas, hasta dar en el Isabelilla, en cuya confluencia está situado el pueblo de Toribío, con un clima medio de 16°. Una legua al sur se encuentra el caserío de San Francisco, en la margen oriental del río del mismo nombre, cuyas vegas son de asombrosa fertilidad; en ellas crecen mezcladas las producciones de todos los climas, estando regadas por abundantes aguas. Allí, en un sitio bellissimo, tiene Güeynás su casa de habitación.

El río Isabelilla desciende del Páramo en dirección de este a oeste hasta Toribío, y al recibir al San Francisco tuerce bruscamente al norte, hasta encontrar el Palo, dos leguas más abajo. Este río, de extraordinaria riqueza, tiene extensas vegas surcadas por numerosas aguas. En las

seis leguas de su curso, en las que es más notable su riqueza, recorre los climas comprendidos entre 7 y 22° de temperatura media; tres leguas al norte de Toribío, y siguiendo el cañón de Isabelilla, está el pueblo de Tacueyó, a orillas del río Palo.

A nuestra llegada a Toribío nos relacionámos con el doctor José Fernández, cura de estos pueblos, caballero vigoroso e inteligente, de fisonomía severa y respetable, de mirada penetrante y de actividad increíble. Su noble corazón y su carácter jovial y sincero hicieron que muy pronto nuestras relaciones se estrecharan con los vínculos de una amistad verdadera.

Como la mayor parte de los terrenos de esta extensa y rica región son de propiedad de las parcialidades de indígenas de San Francisco y de Toribío, y estando en ellos algunas de las minas que nos proponíamos buscar, nuestro primer cuidado fue el de hacer reunir los cabildos de indígenas de estos pueblos para que se nos diera la licencia formal de hacer las exploraciones y poder denunciar las que encontráramos. El día fijado se reunieron los dos cabildos: cada uno consta de un capitán, de un gobernador, de dos alcaldes, de dos fiscales y de cuatro alguaciles, los que se entienden en la administración interna de la parcialidad, tanto en lo civil cuanto en lo religioso, para atender a las fiestas de iglesia, pago de diezmos, etc. Para obtener estos cargos se atiende más a la cuna que a la edad, pues los Páeces, aun cuando han perdido casi todas sus tradiciones relativas a historia y cosmogonía, conservan con cuidado las que se refieren a la importancia de las familias.

Trabajo, y grande, nos costó hacernos entender de los cabildos; Güeynás, que hacía parte del de San Francisco, nos sirvió de intérprete, y con discursos en páez, probablemente muy elocuentes, convenció a sus concoleas, de que sí eran ventajosas para las parcialidades las bases

de negociación que les proponíamos. Después de largas y acaloradas discusiones entre ellos, convinieron en aceptarlas, y se otorgaron los respectivos documentos. Con esta seguridad, procedimos a dar principio a nuestras exploraciones.

RUINAS DE CALOTO VIEJO

En la confluencia de los ríos Chico y San Francisco, no lejos del caserío de este nombre, existen patentes los vestigios de la antigua ciudad llamada Caloto Viejo, que fue fundada por Belalcázar o por su teniente don Juan Moreno, como quieren algunos, en 1543, con el objeto de explotar los ricos veneros del río Isabelilla y los filones de minerales de oro y de plata en que abunda esta región, especialmente los llamados Santa Bárbara de Arambeles y Anatalá: el primero de galenas argentíferas, situado a poca distancia de la ciudad; y el segundo en la confluencia de los ríos Palo y Jambaló. La población, situada en las mejores condiciones, con clima suave y agradable, con aguas abundantes, en la vecindad de dos ricos manantiales de agua salada, que hoy están en explotación, y, sobre todo, rodeada de numerosos y ricos minerales, tuvo un desarrollo extraordinario en el espacio de pocos años. Pero su ventura fue de corta duración, porque a principios del siglo XVIII, cuando tuvo lugar la terrible rebelión de las tribus americanas, que, como reguero de pólvora, se extendió por toda la cordillera central, y que, principiando en el reino de Quito por la de los jíbaros, fue pronto seguida por los páeces, los pijaos, los noanamaes, etc., quedando reducidas a pavesas las florecientes ciudades de Mendoza y Sevilla de Oro, las de La Plata, Ibagué, Cartago, Toro, etc.; los indómitos páeces, viendo como una amenaza los progresos de la ciudad de Caloto Viejo, cayeron sobre ella de improviso, pasándola a sangre y fuego; después de saquearla, se

ocuparon en tapar los socavones de las minas, pues comprendían que éstas eran el poderoso atractivo que los españoles tenían para establecerse en sus comarcas, desafiando toda clase de peligros.

Cuenta la tradición que los páeces asaltaron la ciudad un jueves santo, a tiempo que los habitantes concurrían a la iglesia a presenciar la celebración de los augustos misterios de ese día. Allí hicieron terrible matanza, exceptuando por entonces al cura; pero al infeliz sacerdote le atravesaron la ternilla con una soga, y revestido con los magníficos ornamentos con que oficiaba, lo internaron así a la cordillera, paseándolo de pueblo en pueblo como trofeo de la victoria. Gran parte del botín recogido en el saqueo, junto con las campanas de la iglesia—una de las cuales era tan grande que dentro de ella cabía de pie un hombre—fue arrojada a Riochico. Los campesinos de San Francisco y Toribío cuentan mil consejas sobre la destrucción de Caloto Viejo, y entre ellos se asegura que dicha campana dobla precisamente todos los años a la media noche del jueves santo.

Con la destrucción de Caloto quedó completamente desierta esta región, pues Toribío fue fundado posteriormente por el cacique Cayaimas, tercer abuelo del actual capitán de la parcialidad, Vicente Vitonás.

Casi nada queda de la antigua población: montones de piedras señalan el sitio de las casas y demarcan las calles anchas y rectas; espeso bosque sombrea aquel sitio, y por entre los cimientos de los antiguos edificios se levantan gruesos y ruinosos troncos de árboles cubiertos de orquídeas y de tillandsias, y aún corre el agua por algunas de las acequias que alimentaban la población. En lo más tupido del bosque, y medio cubierta por la hojarasca, existe aún la picota de piedra en donde, según otra versión, los páeces dieron muerte al cura, cuya sangre ha dejado, según dicen, indeleblemente manchado hasta

hoy el sitio del suplicio. Los vestigios de la ciudad se encuentran a uno y otro lado del camino que conduce de San Francisco a Toribío; y por su delineamiento, por los restos de las antiguas construcciones, todas levantadas sobre cimientos de piedra, y por su extensión, de más de doce hectáreas, se puede calcular el estado floreciente a que alcanzó esta infortunada población.

¡Con cuánta melancólica curiosidad se visita aquel sitio! ¡Cuántos pensamientos se agolpan en la imaginación con el recuerdo de la transición terrible que sufrieron los habitantes, al ser sorprendidos por los implacables páeces en el día más grande de la cristiandad!

Aunque confuso en los detalles, vivo y terrible en el fondo se conserva el recuerdo de la catástrofe entre los pobladores de estos caseríos. Hoy todavía, después de tantos años, cuando los páeces están del todo sometidos, cuando no queda ni vestigio de la poderosa nación de los pijaos, las poblaciones tiemblan a su solo nombre. Hará cosa de cuatro años un indio llegó a Toribío jadeante y asustado, diciendo que se acercaban los pijaos: al momento el pánico se apoderó del caserío, y en un instante la noticia corrió por todos los campos; los habitantes abandonaron sus bienes y sus casas y buscaron refugio en los montes, y las familias de Toribío se reunieron todas en un solo punto, presa de la mayor consternación, esperando el asalto de un momento a otro; por fin, algunos vecinos, que habían salido valientemente a explorar la cordillera, volvieron con la plausible nueva de que todo era invento de la trastornada imaginación del indio, que estaba loco.

Pero lo más curioso de todo es que los indios del Huila, en pleno Tierradentro, que son valientes, atrevidos y vigorosos, que han tenido con los blancos muy pocas relaciones y por cuyas venas corre probablemente en igual cantidad la sangre de los extinguidos pijaos y la de los

páeces, tiemblan al nombre de los primeros, y por miedo a ellos no se atreven a internarse mucho en las montañas. Ignoran que los pijaos fueron sus ascendientes, y que sus representantes actuales son ellos mismos.

DE TORIBÍO A JAMBALÓ

Situados en Toribío, nos dedicámos a recorrer el río Isabelilla, encontrando por todas partes vestigios de lavaderos de oro, unos formales y antiguos, tanto de indios cuanto de españoles, y otros recientes superficiales y en menor número, porque los indios actuales son poco aficionados a esta clase de trabajos, quizás porque heredaron de sus antecesores la repugnancia al oro, el cual fue causa de sus desgracias. Sin embargo, algunos siempre se han ocupado en lavar en este río y en el Jambaló, pero sin método y sin elementos, y no obstante han sacado grandes cantidades de oro. Muy conocido fue el indio Zapata en todo el Cauca, quien, cada vez que necesitaba, iba por tres o cuatro días a trabajar en el río, y sacaba granos tan gruesos, que uno de ellos pesó ciento diez castellanos; no hacía caso de los que pesaban menos de un castellano, los cuales volvía a abandonar al río, diz que *para que engordaran*: creencia general entre los indios.

La riqueza del Isabelilla le viene, en gran parte, de los filones que existen en sus cabeceras. Sus extensas playas tienen veneros superpuestos hasta de veinticinco metros de espesor, perfectamente formados y muy ricos en oro grueso.

Tomados los datos necesarios, nos dedicámos en seguida a buscar la mina de Santa Bárbara, que era una de las que nos proponíamos descubrir en nuestra exploración. Afortunadamente ya entonces nos habíamos ganado la confianza y el cariño de los indios, y principalmente de Vitonás, quien nos condujo casi directamente al

socavón principal, situado cerca de la cascada que forma la quebrada de La Chorrera, al precipitarse por una roca cortada a pico, de más de treinta metros de altura.

Hoy no quedan ni vestigios de la senda que conducía a los socavones, y con dificultad pudimos llegar a la ancha puerta del principal, ocultada por espeso bosque; los indios que nos acompañaban se quedaron todos a la entrada y rehusaron penetrar en él, pues además de las grotescas fábulas que tienen acerca de los seres sobrenaturales que en él habitan, era fama que servía de refugio a descomunales serpientes; pero nosotros sólo encontramos millares de murciélagos, y en un rincón la cama de un tigre corpulento, a juzgar por el rastro. Desde la entrada notámos que los antiguos páeces habían hecho increíbles esfuerzos por destruir el socavón en toda su longitud: pudimos penetrar solamente en una extensión de cincuenta metros, sin encontrar el frente; pero, por los hilos del techo y de las paredes, nos formámos idea de la riqueza del filón.

De regreso a Toribío, resolvimos seguir inmediatamente por el páramo de Moras a Tierradentro; pero como en Jambaló debíamos hacer algunas exploraciones y llevar a cabo los arreglos convenientes con la parcialidad, resolvimos dividir la expedición, y al efecto, dos de los compañeros continuaron las exploraciones del río Isabellilla, de Toribío hasta el río Palo, y de la parte de éste hasta las bocas del Jambaló, reconociendo en todas partes riquísimos veneros. Entretanto, acompañados por nuestro buen amigo el doctor Fernández, nos trasladámos a Jambaló, pueblo situado como a cinco leguas al sur de Toribío, a orillas del río de su nombre, y en un clima suave de trece y medio grados. El camino sigue por un terreno quebrado, compuesto de talco-esquistos y de esquistos pizarrosos, atravesados por numerosos hilos de

cuarcita. En las vecindades de Jambaló aparecen algunos bancos de turba, corriendo de SE. a NO. La hulla no debe estar lejos, pero nadie se ocupa en buscarla.

El pueblo de Jambaló es relativamente grande, todas las casas son pajizas, lo mismo que la iglesia, como es costumbre en todas las poblaciones de Tierradentro, pues los indios, que son muy supersticiosos, creen que al cubrirla de teja salen los pijaos (!) y destruyen la población. La vegetación de Jambaló es escasa; allí vi por primera vez el *culen*, *psoralea glandulosa*, cuyas hojas, en infusión, son muy apreciadas como tónico, y tan usadas como la coca.

A pesar de que en todo el curso del río Jambaló se encuentra oro, la mayor riqueza se halla de este pueblo para abajo hasta su confluencia en el Palo, aumentando de una manera notable desde que recibe las aguas del río del Molino y de la quebrada de Solapa, que ambas le entran en las vecindades de la población.

EL PUENTE DE PIEDRA

Hechos los arreglos previos con el cabildo de Indígenas de Jambaló, y como teníamos noticias diversas sobre la riqueza de este distrito, nos dirigimos primero en busca de los ricos aluviones, que, según nos decían, existían en el centro del páramo. Al efecto, y provistos de lo más necesario, subimos con dificultad la empinada cordillera que se eleva al oriente de la población, y cuya cima es el *divortium aquarum* de los valles del Magdalena y del Cauca. Desde allí pudimos contemplar un espectáculo bellísimo: al occidente, por encima de los altos contrafuertes de la cordillera, distinguíamos gran parte del valle del Cauca, envuelto en la bruma azul; a nuestros pies, y a vuelo de pájaro, veíamos los dos barrios del pueblo de Jambaló luciendo sus casitas blancas; y más lejos, aprisionado entre altas lomas, y como cinta de plata, el

río, que se distinguía en una grande extensión. Al oriente, teníamos las extensas llanadas del páramo, limitadas a lo lejos por rocas gigantescas. Al norte, la llanura se inclina suavemente, y en esta dirección seguimos a buscar las fuentes del Rionegro. Afortunadamente gozábamos de un tiempo magnífico. A medida que avanzábamos, la llanura se reducía, porque se aproximaban las desnudas crestas que a uno y a otro lado la limitan. Grandes tremedales y extensas ciénagas nos impedían el paso a cada momento; más adelante encontramos al fin las primeras aguas vivas, corriendo a trechos por debajo del piso y a trechos descubiertas, pero se consumían de nuevo, como si las ofendiera la luz del sol, dejando oír un murmurio subterráneo, para volver a aparecer más adelante, siempre negras y bulliciosas, pero con el caudal notablemente aumentado, convirtiéndose poco después en un río de consideración, conocido con el nombre de *Jimba Cuchiyó*, o sea río de las Dantas, y también con el de Puente de Piedra, por un puente natural que sobre él existe. Aguas abajo seguimos examinándolo con atención, y en todas partes le encontramos oro de muy buena calidad, pero en cantidades muy pequeñas.

Como estuviera ya avanzada la tarde, establecimos el campamento cerca del Puente, y dispusimos que al día siguiente al amanecer se fueran los indios que nos acompañaban, llevando los perros, a levantar danta o venado, mientras nosotros examinábamos el río y visitábamos el puente natural, adonde precisamente debía bajar la presa perseguida por los perros.

En todo este trayecto el río corre sobre la desnuda roca, y encajonado entre altas paredes de granito; sus aguas, a pesar de ser negras, son notablemente transparentes; las piedras y las arenas del fondo, cuando el sol las hiere directamente, toman, a causa del color de las aguas, la apariencia del oro.

Por todas partes se ven vestigios de las terribles conmociones que, en otras épocas, han agitado y destrozado estas solitarias regiones. El río forma bellísimas cascadas y de pronto se pierde entre inmensos cantos desprendidos de las vecinas rocas, por debajo de las cuales surge con fuerza increíble para recobrar luego su tranquilidad, corriendo cada vez más encajonado y profundo. En seguida se encuentra el puente natural: una de las altas paredes se eleva adelantándose en bóveda hasta la mitad del río; entre ella y la otra pared está encajada una gran piedra que acaba de formar el arco del puente, el cual tiene más de veinte metros de altura sobre el nivel de las aguas; el piso está perfectamente nivelado por piedras más pequeñas y por tierra vegetal, formando el todo un puente perfecto de cuatro metros de largo por uno de ancho, camino trillado por los osos, los ciervos y las dantas para pasar de una a otra ribera del río.

La pared opuesta a la que forma la bóveda se adelanta hacia el río en brusca gradería, formando como uno de los estribos; por ella descendimos hasta el nivel de las aguas, y, colocados precisamente debajo del puente estábamos admirando su estructura singular, cuando fuimos sorprendidos por un hermoso venado que, nadando rápidamente, pretendía salvarse de los perros que lo perseguían a distancia. Intentados estuvimos a dejarlo escapar, pero los crueles instintos del cazador triunfaron, y disparámos las carabinas; el venado, mortalmente herido, dio tres grandes botes y expiró. Las aguas enrojecidas con la sangre, lo arrastraron lentamente hasta ponerlo a nuestro alcance; con él aumentámos las escasas provisiones que teníamos.

El resto del día lo pasámos examinando el terreno hasta encima de Mosoco, y en todas partes encontramos aluviones auríferos, pero flojos y mal caracterizados, y por

consiguiente pobres, dadas las malas condiciones en que están colocados; pues en un clima tan rudo, a tanta distancia de los centros de población, careciendo de brazos y de toda clase de recursos, era necesario que fueran muy ricos para ser explotables.

Al día siguiente, después de haber cogido otro venado, regresámos a Jambaló, donde nos esperaba nuestro buen amigo el doctor Fernández. En su agradable compañía pasámos un día más, arreglando lo necesario para la exploración que debíamos hacer en la parte de la cordillera situada al occidente de la población. Datos positivos teníamos acerca de una antigua mina situada en la loma de Solapa y trabajada con gran éxito en los primeros tiempos de la conquista. Con muy poco esfuerzo la encontramos, a pesar de que ambos socavones estaban tapados por grandes derrumbes. El filón corre de E. a O. Su mineral es de muy buena apariencia, y la reputación de esta mina, conocida con el nombre de Mina tapada de Jambaló, es de riqueza extraordinaria. Los indios cuentan que después de que obligaron a los españoles a abandonarla, su Cacique, don Juan Tama y Estrellas, cortaba en ella el oro a cincel; pero que, temiendo que tanta riqueza siguiera siendo un peligro para su tribu, resolvió obstruir la mina, tapando el frente del filón con cueros, dentro de los cuales encerró toda clase de conjuros contra los *Gua-cash*, blancos, que se atrevieran a poner mano en ella.

En Jambaló nos reunimos con los compañeros que habían quedado en Toribío, y con Güeynás, que había resuelto acompañarnos a la correría, e inmediatamente nos pusimos en marcha para Huila.

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.

Hist. Nacional.

EL TESTAMENTO DE SUCRE

HALLAZGO EN BOLIVIA DE TRES DE SUS CLÁUSULAS (1)

La Paz (Bolivia), 24 de noviembre de 1915.

Señor Presidente de la Academia de la Historia.—Bogotá.

Señor Presidente:

Por el artículo, aún inédito, que me es honroso enviar a usted, se servirá usted enterarse de que he tenido la buena suerte de encontrar en esta ciudad tres cláusulas, en copia auténtica, del testamento del Gran Mariscal Sucre, hasta ahora no publicado y que, según una carta del publicista venezolano señor Landaeta Rosales, tienen vivo deseo de conocerlo los historiadores de la América latina.

Ruego a usted se sirva poner en conocimiento de la ilustre corporación de su digna presidencia el artículo que me permito enviarle, en la esperanza y en el deseo de que él pueda interesar a algunos de sus distinguidos consocios.

Aprovecho de esta oportunidad para ofrecer a usted y a la Academia de la Historia de Colombia el homenaje de mi más alta y distinguida consideración.

JOSÉ MARÍA BARRETO.

(1) Debemos a la galantería de la Academia de Historia Nacional el publicar por primera vez los importantísimos documentos relacionados con el Mariscal Sucre, que aparecen hoy en nuestras páginas.

El testamento del Mariscal de Ayacucho ha sido motivo de infructuosas y reiteradas investigaciones: correspondió el honor de encontrar tres de sus cláusulas al distinguido diplomático peruano señor don José María Barreto.

Toca a la crítica histórica apreciar el alcance que ellas tengan en relación con el drama de Berruecos. (N. de la D.).

El escritor colombiano don Maximiliano Grillo ha hecho del dominio público, en uno de sus recientes artículos de investigaciones históricas, que se halla en mi poder, una copia auténtica del testamento del General Sucre, la figura más pura y simpática de la epopeya de la emancipación americana.

A la vez, el señor Grillo ha puesto en mis manos la entrega VII (tomo I) de la *Gaceta de los Museos Nacionales*, interesante revista que dirige en Caracas el señor Witzke, bajo los auspicios del Gobierno de Venezuela, tan decidido protector de la intelectualidad de su país.

En dicha entrega se inserta una carta del historiógrafo caraqueño don Manuel Landaeta Rosales, dirigida al Cónsul de Venezuela en Quito, pidiéndole que averigüe del testamento del General Sucre, que, según el tenor de la misma carta, fechada en enero de 1913, es completamente desconocido hasta ahora en su patria, a causa de no haber sido dado nunca a la publicidad y de haberse tenido especial cuidado, por parte interesada, en mantenerse entre la penumbra del misterio.

Dice al respecto el señor Landaeta Rosales:

«Si Sucre hizo reservado su testamento, al morir tenía que publicarse, elevándose a instrumento público; y, de consiguiente, si no se ha impreso, debe estar en algún protocolo de escribano o en un expediente de Quito. Le repito que hay deseos de conocer las últimas disposiciones de aquel gran Capitán que selló la independencia de Sur América, en Ayacucho. Hago pública esta carta, para que llegue a conocimiento de todos los que en Sur América se ocupan en la historia de estos países y pongan en limpio los puntos aquí consultados y los publiquen en honor de Sucre, a quien tanto deben estos países».

La anterior excitación y el anuncio hecho por el señor Grillo de encontrarme en posesión de una copia del testamento del Gran Mariscal de Ayacucho, me mueven a

dar este documento a la publicidad antes del tiempo en que pensaba hacerlo, en el deseo de prestar con ello un pequeño servicio a la Historia de América e inducido a la vez, bien podría decir obligado, por los títulos que estampo ahora, por única vez, junto a mi nombre.

El testamento no se halla, por desgracia, copiado íntegramente en el testimonio que tengo en mi poder, en donde apenas si aparecen transcritas tres de sus cláusulas — verdad que muy importantes y sugerentes — y es precisamente tal circunstancia la que me retrajo de darlo a la prensa tan pronto como vino a mis manos, en la esperanza de que habrían de alcanzar éxito feliz las diligencias que comencé a practicar en seguida, a fin de obtener una copia, igualmente auténtica, de las siete cláusulas que faltan de tan valioso documento.

Pero mis diligencias han resultado hasta ahora infructuosas. Parece que la viuda del Gran Mariscal, a quien se entregó el testamento después de haber sido abierto y testimoniado, no por funcionarios judiciales, como es de ley, sino por un consejo militar, ha evitado con toda eficacia, hasta el día, que las disposiciones testamentarias de su ilustre esposo pudieran ser fácil campo de investigaciones y comentarios de la Historia. Las razones de semejante reserva son fáciles de adivinar para todos los que recuerden cuanto se ha dicho o murmurado acerca de la conducta de la bella y discutida marquesa de Solanda.

*
* *

La manera como llegó a mi poder el testamento fragmentado del General Sucre fue casual. Dejándome llevar de mi afición a los papeles viejos, me entretenía en buscarlos y seleccionarlos entre los de la Legación del Perú en Bolivia, hoy a mi cargo, y al escudriñar en un antiguo cofre, atestado de protocolos y expedientes, dieron

mis ojos y mis manos, que todo fue uno, con un pequeño legajo, en cuya cubierta se leía, en gruesos caracteres españoles:

«Expediente seguido por la viuda del Gran Mariscal Sucre, reclamando del Gobierno de Bolivia el pago de 25.000 pesos, que la Convención de 1826 ordenó que se diesen a dicho General en recompensa de sus servicios».

Hubo de picar, naturalmente, mi curiosidad tan sugestiva leyenda y, cerrando el arcón con todas sus innumerables llaves, me di a la lectura del expediente, en el que había de encontrar, a poco, como pieza sustancial, una parte del testamento del prócer venezolano.

El expediente, que no podría decir por qué motivo ha venido a parar en el archivo de la Legación peruana, puesto que en él no han intervenido para nada la diplomacia ni ningún hombre público del Perú, consta de 42 fojas, todas con sello fiscal, y aparece iniciado en La Paz de Ayacucho, a 2 de enero de 1851. Todas las piezas de que se compone son en extremo interesantes y de la más sabrosa lectura; pero prescindiendo por ahora de hacer mención de ellas y reservándolas para un estudio histórico que he de publicar más tarde, debo concretarme al testamento del gran Capitán americano.

Se desprende de los obrados del expediente que doña Mariana Carcelén y Larrea, antigua Marquesa de Solanda, que a los seis meses de asesinado su esposo, el gran Sucre, contraía segundas nupcias con el General Isidoro Barriga, otorgó poder en la ciudad de San Francisco de Quito, a 30 de diciembre de 1846 y ante el Escribano público don Camilo Espinosa, en favor del señor Santiago Loedel, para que representara «ante cualesquier tribunales y juzgados, superiores o inferiores, eclesiásticos o seculares, ordinarios o especiales, de las Repúblicas de Bolivia, Perú o donde fuere necesario», los derechos y acciones de dicha señora, quien impetró y obtuvo para el

caso, según consta del mismo documento, la licencia legal de su nuevo esposo.

Junto con este poder se entregó al señor Loedel copia auténtica de las cláusulas pertinentes del testamento del General Sucre, las que fueron presentadas en el juicio que el referido apoderado inició en Lima, a nombre de doña Mariana, contra la testamentaria de don Faustino de las Casas.

En 1852, la ex-viuda y ya única heredera del General Sucre decidió gestionar ante el Gobierno de Bolivia el pago «de la cantidad de 25.000 pesos que debe al finado Gran Mariscal de la parte de gratificación asignada por aquella República a los vencedores de Ayacucho», y al efecto su apoderado en Lima se presentó al Juez que conocía del juicio contra la testamentaria de Las Casas pidiendo «testimonio en forma y manera que haga fe, de la cabeza, cláusulas primera, segunda y quinta y pie del testamento del Gran Mariscal don Antonio José de Sucre y de la partida de funeral de doña Teresa Sucre, su hija, que obran a fojas 9 y fojas 12 del cuaderno corriente».

El Juez, que lo era el doctor Tudela, proveyó favorablemente, el 17 de marzo de 1852, en esta solicitud, y fue en mérito de tal providencia que el Escribano Público de Lima don Juan Cossio expidió, con fecha 18 de marzo, la copia de tres de las cláusulas del testamento de Sucre y de la partida de defunción de su tierna y única hija Teresa, fallecida en Quito el 16 de noviembre de 1831, todo en un solo instrumento.

La firma del escribano Cossio aparece certificada por sus colegas don Baltazar Núñez del Prado, don Antonio Aragón y don José de Téllez, y a continuación legaliza estas firmas el Coronel don Manuel Porras, benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, y Prefecto del Departamento de Lima, en 20 de marzo de 1852.

Al pie de esta legalización, el señor don Joaquín José de Osma, Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, certifica, con igual fecha, la autenticidad de la firma del señor Coronel Porras.

*
* *
*

Hé aquí, ahora, el testimonio de las cláusulas mencionadas del testamento del General Sucre, precedidas de las diligencias oficiales que fue menester llevar a cabo para su apertura:

Un sello que dice: «República de Colombia. Sello cuarto. Vale un peso para los años de 1830 y 31».

Señor General Comandante General.

El General Vicente Aguirre, ante Usía con el mayor respeto comparezco y hago presente:

Que Su Excelencia el Gran Mariscal de Ayacucho, ya difunto, para marchar al último Congreso, como Diputado de él, confió a mi cuidado el pliego firmado de su puño y letra, y cerrado con tres sellos, que solemnemente presento, para que se sirva disponer que ante Usía, y con presencia de la persona que por su parte comisionase la Excelentísima señora viuda del Gran Mariscal, o su madre, la señora Teresa Larrea, por indisposición de la primera, con la del señor Auditor de Guerra y los más Jefes que estime convenientes, proceda el señor Coronel Secretario de la Comandancia General a reconocer y certificar si se hallan intactos e ilesos los referidos tres sellos, y que abierto y leído que sea el pliego por mí, conforme a la disposición de Su Excelencia, se sirva Usía rubricar todas las fojas y mandar que el señor Secretario certifique el número de ellas, para que de este modo haya una constancia auténtica de la delicadeza con que se ha procedido en tan respetable confianza.

A Usía suplico se sirva mandar como solícito, por ser de justicia que imploro.

Fecho, se me devuelva original.

Vicente Aguirre.

Comandancia General del Ecuador.—Quito y junio 16 de 1830.—20.º

Como se pide, y al efecto nómbrase para la apertura del pliego, en calidad de testigos, al señor Coronel graduado José María Guerrero, al primer Comandante Jacinto Martel y al segundo Comandante graduado de primero, Anselmo Soto.

Hágase saber a Su Excelencia la señora Mariana Carcelen o a la señora Teresa Larrea, su madre, para que comisione *in scriptis* un sujeto que en lugar de dicha señora presencie la apertura; y al señor Auditor de Guerra, conforme a ordenanza, actuándose las diligencias para su constancia por el señor Secretario de la Comandancia General, Juan Antonio Terán.

SÁENZ.

Terán, Secretario.

Señor General Comandante General.

El General Vicente Aguirre ante Usía parece y dice:

Que a su anterior petición relativa a la apertura del pliego que me dejó para su desgraciado viaje el Excelentísimo señor General en Jefe Gran Mariscal de Ayacucho, me conviene añadir dos puntos: el uno, que se agregue al expediente la sobrecarta del pliego, y el otro, que se certifique el número de fojas que se encuentran dentro de ella.

Solicito justicia, etcétera.

Vicente Aguirre.

Comandancia General del Ecuador.—Quito y junio 18 de 1830.—20.º

Como se pide, y agréguese.

SÁENZ.

Terán, Secretario.

Incontinenti el señor Comandante General, General José María Sáenz, mandó que a efecto de comprobar si el papel que menciona la presente solicitud y aparece firmado del Excelentísimo señor General Gran Mariscal de Ayacucho, José Antonio de Sucre, fuese reconocida la letra y firma de dicho señor, y si los sellos con que está cerrado se conservan frescos y sin señal de rotura antecedente, fuese todo reconocido por los señores jefes que han sido nombrados por testigos; y habiéndose reconocido el pliego por dichos señores, han afirmado que la letra y firma que aparecen en la sobrecarta es la misma que acostumbraba el expresado señor General suscribir de su puño. Lo que aseguraron bajo la gravedad del juramento que prestaron bajo su palabra de honor. Asimismo convienen en que los sellos se hallan ilesos, sin señal absolutamente de que se hubieren roto, y lo certifico para que conste y obre los efectos que convengan.

Juan Antonio Terán, Secretario

En seguida el señor General Comandante General mandó se procediera a la apertura del pliego cerrado y sellado, a que se contrae la representación del señor General de Brigada Vicente Aguirre, y habiéndose roto a presencia del señor Auditor de Guerra, el apoderado de la señora Larrea y de los testigos expresados en el decreto de la Comandancia General, resultó que dentro de la sobrecarta se encontraron las piezas siguientes:

Una cuartilla de papel de marca mayor, con algunos apuntes de la letra del finado señor General Gran Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre, en que aparece con siete renglones de partidas de gastos, seguramente de la obra de una casa. Este papel, con cerradura de lacre colorado, contenía dentro un pliego de disposiciones testamentarias, constante de diez artículos, y firmado por el expresado señor Gran Mariscal.

Un pliego cerrado y sellado, que contiene en su sobrecarta el artículo siguiente: «En caso de muerte del General Sucre abrirá este pliego el Coronel Pedro Alarcón, y si también hubiese muerto Alarcón, en este solo caso lo abrirá el Coronel Vicente Aguirre.—*Sucre*».

Al reverso, en la parte del sello, se ve la firma entera de este señor General.

Este pliego es sencillo, y su letra parece propia del señor General Sucre, como se acredita del testimonio jurado de los mismos testigos que reconocieron la principal sobrecarta y el testamento.

Además se encontró también un pliego cuya primera cara contiene una obligación del señor Lucas de la Coteira, residente en Bolivia, que alcanza a la cantidad de doce mil pesos, bajo la responsabilidad que este sujeto expresa, y siendo necesaria la comprobación de estos documentos, se procedió, bajo el juramento respectivo, al reconocimiento y cotejo de los documentos escritos y firmados por el señor General Sucre, y unánimemente todos aseguraron ser de puño y letra de dicho señor General, que la conocen muy bien y sin equivocación alguna.

Todo lo que certifico, para que conste.

José María Sáenz.

Antonio Ante, José Mariano Andrade, José María Guerrero, testigo; Jacinto Martel, testigo; Anselmo Soto, testigo; Juan Antonio Terán, Secretario.

DISPOSICIONES TESTAMENTARIAS DEL GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE

Primera. Mi mujer legítima es Mariana Solanda, y tenemos una sola hija, Teresa, que ha cumplido hoy cuatro meses de edad, *porque mi mujer no está embarazada.*

Segunda. Si yo muero, estando viva mi hija, *ella es mi sola y única heredera.* Si mi hija muere antes que yo, entonces mi mujer es mi heredera, con excepción del tercio y quinto de mis bienes.

.....
Quinta. *Mi hija o mi mujer* elegirán de entre mis bienes lo que ellas gusten por su herencia, y puesto que *a la primera nada reservo*, comprende este artículo a la segunda.

.....
 Los diez artículos que anteceden, escritos de mi puño y letra, son válidos como un testamento en forma, y si yo falleciese sin haber hecho otro con fecha posterior al presente.

Quito, a 10 de noviembre de 1829, el décimonono de la Independencia.

Antonio José de Sucre.

*
* *

Es bien poco, como acaba de verse, lo que del testamento del General Sucre tengo en mi poder, y ello explica por qué no me había resuelto a darlo a la publicidad hasta este momento.

Sin embargo, las dos primeras cláusulas son muy importantes, y pueden encaminar por nuevos rumbos a la Historia, que hasta ahora no ha podido hacer luz suficientemente clara al rededor de la muerte del Gran Mariscal, tan alevosamente victimado en Berruecos, cuando regresaba a Quito, después de habérselo anunciado a su esposa, a vivir en la apacible tranquilidad del hogar.

Ojalá que la Historia, parando mientes en esas dos singularísimas cláusulas, investigue los motivos que pudieron inducir a caballero tan gentil, como lo era el General Sucre, a hacer constar que su mujer no estaba embarazada y a desheredarla, instituyendo como su sola y única heredera a su pequeña hija Teresa.

Tales declaraciones no fueron hechas, indiscutiblemente, sin que pesaran en el ánimo del héroe legendario razones muy poderosas y muy graves. Medítese sobre ellas, ahóndese nuevamente al rededor del tenebroso crimen de Berruecos, y, sin escrúpulos ni prejuicios, váyase por el nuevo surco que marcan esas declaraciones, teniéndose sólo en mira la vieja frase latina que sirve de gloriosa divisa a una de las corporaciones más doctas de la Historia en el continente: *¡ Veritas ante omnia!*

La Paz (Bolivia), noviembre de 1915.

JOSÉ MARÍA BARRETO.

Del Instituto Histórico del Perú,
de la Orden del Libertador, de Venezuela,
de la Real Academia de la Historia,
de la Sociedad de Historia Internacional
de Francia, etc. etc. etc.

CRONICA QUINCENAL DE LA GUERRA

EN los Balkanes y en los frentes austro-alemán y ruso radican los acontecimientos más importantes de la guerra en la segunda quincena de enero.

La derrota del ejército de Montenegro por los austriacos, agrava la situación de los aliados en la península balcánica, principalmente para Italia que no podrá, al menos por ahora, sostener sus pretensiones en la costa oriental del Adriático, en donde había tomado pie, ocupando

el puerto albanés de Valona. Los cables a este respecto son contradictorios; ya que unos afirman que después de la derrota de los montenegrinos y subsiguiente ocupación por las tropas enemigas de Cetinje, capital de Montenegro, el Rey y el ejército de este pequeño reino se rindieron incondicionalmente; y otros, sin negar la derrota, no le prestan carácter definitivo, sino que antes hablan de reorganización del ejército de Montenegro y de fusión con el serbio en Albania, lo mismo que de la actitud de los aliados para sostener a Italia en Valona, haciendo allí base de operaciones. También se dice que las condiciones impuestas por Austria son tan onerosas que el Rey Nicolás, quien abandonó ya su país yendo a Roma de paso para Lyon, donde fijará por lo pronto su residencia, ha aconsejado a sus súbditos sostener la lucha hasta lo último por desesperada y desigual que sea, antes que rendirse en la forma que pretenden imponer los austriacos. En pocos días se sabrá hasta dónde alcanza el desastre montenegrino y sus consecuencias.

En Grecia, continúa la expectativa; los franceses han destruido varios puentes para hacer más difícil y peligroso al enemigo el ataque de Salónica y han tomado varias medidas que dejan comprender que la resistencia irá hasta los últimos límites; los ejércitos de los imperios centrales aún no han emprendido el ataque sobre Salónica, y ya con demora tan larga probablemente no lo emprenderán por el momento. Los franco-ingleses se han hecho allí fuertes en extremo llevando enormes cañones de nuevo modelo que poseen condiciones excepcionales de alcance y certeza; y los germanos y sus aliados tampoco se han descuidado, acumulando para el ataque de esta plaza elementos de guerra formidables.

El General Sarrail, jefe de las tropas aliadas en Salónica, se apoderó de la isla de Corfú para asilar fugitivos

servios, garantizando a Grecia la devolución de la isla tan pronto como cese la necesidad de usar de ella.

En Bukovina, la ofensiva rusa ha revestido caracteres de excesiva violencia con ventajas para el ejército del zar. Quizá esto haya impedido o retardado el ataque a Salónica, toda vez que buena parte de las tropas listas para ello ha podido enviarse a reforzar a los austro-alemanes en aquella línea de batalla.

Para esta nueva campaña los rusos cuentan como factor importantísimo con el ferrocarril de doble vía que va de Petrogrado a Ekaterina, en el océano Artico, punto en donde la corriente del golfo se pierde en las aguas, lo cual hace que éstas no se hielen allí jamás. Con esto han conseguido los rusos hacerse a un puerto en el norte que les permite el tráfico en toda época del año, por el cual están introduciendo, para repartir donde las necesidades lo exijan, todo el material de guerra que les envían los Estados Unidos y el Japón. Así se han subsanado los inconvenientes del puerto de Arkángel, en el Mar Blanco, punto terminal también de vía férrea, cuya bahía se inutilizaba varios meses del año por causa de los hielos. Este ferrocarril fue construido por empresarios norteamericanos, a razón de 100 millas por mes, y fue entregado al servicio en septiembre último, con tres semanas de anticipación a lo convenido. Mide más o menos 800 millas.

En el frente austro-italiano se ha sostenido una lucha de continuos e intensos ataques y contraataques sin resultado de importancia, e igual cosa ha acontecido en el frente occidental alemán. Extraordinaria guerra la que presenciarnos: hoy se ganan unos kilómetros de trincheras que mañana volverán a perderse, y en seguida avances y retrocesos en reducida extensión; todo ello con ingentes sacrificios de vidas y derroche de elementos destructores de primer orden durante meses y meses en que los hombres viven consumidos bajo tierra como topos.

En Inglaterra pasó en tercer debate en la Cámara de los Comunes la ley sobre servicio militar obligatorio. Oficialmente se ha hecho saber que para la primavera el gobierno inglés tendrá sobre las armas y listo para entrar en acción un ejército de tres millones. Además, el contingente del Canadá será para ese entonces de un millón de hombres.

Dejando aparte ciertas noticias que ya hemos clasificado de sensacionales, tales como los motines continuos pidiendo pan, las muertes por el hambre, las peticiones de los bancos para que se firme sin demora la paz, es lo cierto que analizando desapasionadamente la situación interna de Alemania, se deja comprender que día por día ella se agrava y que los efectos del bloqueo a que la han sometido sus enemigos van surtiendo los resultados previstos. El alza progresiva de los víveres, su reglamentación para el consumo, la paralización de las industrias y la cotización en los mercados extranjeros del marco alemán, dan la medida de la gravedad actual y de lo que puede surgir más adelante. El marco se cotiza en la bolsa de Nueva York al 69, o sea con un 31 por 100 de descuento.

RUIZ DAEL.

Febrero 1.º de 1916.

Cuentos

FUERTE HASTA LA MUERTE

Para REVISTA MODERNA.

CUANDO llegó al pueblo la hambrienta turba de gitanos, un soplo de loca curiosidad invadió a los lugareños, gentes sencillas que nunca conocieron el tráfico de las ciudades y para quienes el mundo se reducía a las cuatro colinas frondosas que circundan, a modo de murallas, la agreste serenidad de la escondida aldea.

El primer día de su arribo, los desharrapados viandantes se dieron a vagar por las callejas del pueblo, causando el estupor de los aldeanos, quienes al ver las fachas grotescas de aquellos aparecidos los consideraban malhechores escapados de comarcas lejanas o implacables abortos del infierno.

Pero bien pronto hubieron de convencerse de que no eran ni lo uno ni lo otro, sino sencillamente unos miserables seres que hacían vida salvaje e iban de pueblo en pueblo diciendo a las gentes la buena ventura, a cambio de monedas.

En las afueras de la aldea, sobre la falda de un peñasco, los zingaros clavaron sus toldas desgarradas y sucias, soltaron los macilentos jacos a pacer en la manga vecina, y de chamizas y leños arrancados a la arboleda pródiga, encendieron a trechos pequeñas fogaradas para abrigo de sus cuerpos y preparación de sus extraños manjares.

Varios días, hasta dos semanas quizás, permanecieron los errantes viajeros acampados en aquel sitio soledoso, y era de ver cómo, diariamente, a la lumbre muriente del sol, los mozos y mozas del poblado acudían en romería alegre al campamento gitano para observar a los escuálidos bohemios y oír de sus labios, a trueque de baratijas o monedas, las predicciones de la buena ventura.

Entre las muchachas que llegaban a las toldas de la gitanería, ansiosas de conocer los secretos que les guardara el Destino, se destacaba siempre, por lo jovial y retozana, Julia, la más garrida moza del pueblo, la misma que le tenía trastornada la sesera hasta al propio señor alcalde, viejo rechoncho y beato, pero muy aficionado a enamoramientos y aventuras.

Con sus diez y ocho abriles auestas, la gracia de su boca encarnada y una buena dosis de picardía en los negros ojillos, era Julia la envidia de las mozas, ya que los mancebos del lugar se pirraban por ella y nunca faltaron

en sus predios enamorados rondadores que al silencio de la noche punteaban la guitarra para cantarle apasionadas endechas. Y quizá alguno de tantos hubiera obtenido el favor de la gustosa mozueta, si no fuera que, de tiempo atrás, tenía empeñado el corazón, como que se lo llevara Pedrín, el sobrino del cura, un buen muchacho que a tales horas se hallaba por tierras distantes, en el rudo trajín de las milicias.

Por eso, cuando la errante turba de gitanos acampó a las afueras del pueblo, y supo la gallarda moza que aquellos vagabundos adivinaban el destino de las gentes, acudió apresurada para inquirir por la suerte que a ella y a Pedrín les reservara el Futuro. La primera tarde se acercó a las toldas con zozobra y temor, amedrentada ante el aspecto salvaje de esos seres misérrimos y sucios; pero lentamente fue abandonando preocupaciones, al observar que los bohemios la recibían con dulzura, sin sombra de maldad, y le decían la buena ventura augurándole en los signos de la mano serie inacabable de dichas.

Componían la gitanesca turba once individuos, de los cuales seis eran hombres, y mujeres el resto. Mal número para ellos ese de once, si se tiene en mientes que uno de los tales carecía de mujer, en tanto que sus compañeros se andaban cada cual con la suya, como el Señor lo manda. Bien es cierto que años atrás, cuando del rincón murciano emprendieron el éxodo para recorrer el mundo, sendas hembras llevaron consigo los seis aventureros; mas quiso la suerte que, al atravesar una costa mortífera, se quedara viudo uno de ellos, José, el más joven y el mejor parecido de la chusma. Acaso de ahí resultó que éste mirara con marcada complacencia a Julia, la gaya mozueta que por averiguar los misterios de su destino llegaba diariamente a las toldas gitanas. José la recibía con mimoso agasajo; al verla llegar se le encendía de placer el rostro bronceado, y todas las tardes tenía para obsequiarla

una flor silvestre o un pájaro cazado en la espesura del bosque, al despuntar los rayos mañaneros. Y seguramente que a ella le cayera en gracia el barbudo bohemio, porque gustosa tomaba las humildes ofrendas y le miraba siempre con ojos cariñosos y sonreídos labios.

Muchas veces, mientras los gitanos entretenían la curiosidad de los visitantes, Julia y José se alejaban un tanto de las toldas, y a la sombra de un espeso matorral, se holgaban en charlas y requiebros, hasta que las primeras tintas nocturnas empezaban a ennegrecer el espacio. Entonces, la mozuela emprendía apresurada el camino del pueblo, y el gitano se entraba a su tienda, taciturno y nervioso.

Una de esas tardes, impulsado José por una fuerza interior y poseído de una vaga esperanza, depositó en el corazón de Julia todo un poema de amargores. Le contó su desamparo en el mundo, el cruel desamparo que, como herencia fatal, le acompañaba por todos los caminos. Le habló de su viudez; de las soledades en que se consumía su alma atormentada; de las hondas nostalgias que sentía por algo que él mismo no acertaba a explicarse; de ese monótono y continuo vagar por pueblos y ciudades, por montañas pavorosas y llanuras inmensas, hoy aquí, mañana allí, siempre de sendero en sendero, vacío el espíritu de toda consolación y el pecho agobiado bajo la carga de una pesadumbre tremenda. Le refirió una a una sus cuitas angustiosas, y con palabras torpes pero empapadas de ternura le dijo cómo cifraba las más caras ambiciones de su vida en el amor de una compañera que le ayudara a compartir las jornadas, cariñosa y solícita, y fuera para él a modo de un oasis que bañara en sombras de paz su abrasadora fatiga.

El sol reclinaba imperiosamente su dorada melena tras la crestería azul de la colina; tembloraba entre los árboles un vientecillo quejumbroso; llenaba los ámbitos el

triste relinchar de los potros; la fuente lejana fingía un estrépito de besos, al arrastrar su escandalosa corriente, y el *Avemaría* de las campanas parroquiales sonaba en la beatitud del atardecer, como una súplica de amante, como una fervorosa deprecación de alma enamorada....

Julia escuchaba conmovida las palabras del bohemio, y cuando éste calló, dos gruesas lágrimas temblaron en los ojos de la inocente campesina. El zíngaro, entonces, agarró convulsivo la cabeza de la incauta, y, en audaz arranque de apasionamiento, depositó en sus labios un beso que estalló con grave sonoridad en la quietud del ambiente. Ella, silenciosa y conturbada, huyó por el peñasco abajo, camino de la aldea, y el gitano se entró a su tienda, no ya como otras veces, taciturno y nervioso, sino con una sonrisa de orgullo en los labios sensuales y un rayo de extraña alegría en la profundidad de los ojos....

*
* *

Llama es el amor, roja llama que empieza en una chispa y se agiganta rápidamente, hasta formar hoguera terrible. Es como el fósforo que cae encendido en el pajar de un cortijo: prende la paja, comunica el fuego a las maderas y acaba por formar un incendio que devora la casa y cuanto en ella se encuentra. Malicioso y sutil, a mansalva y con certidumbre, el amor se cuela por los ojos, llega al corazón, prende la chispa, quema la entraña palpitante, transmite el fuego al alma y la incendia, la aniquila, frenético, incompasivo, implacable.

Malhechor que vive emboscado en el camino de la vida, el amor no respeta castas ni jerarquías ni linajes para asaltar a los que pasan. Ante él todos son iguales: el mendigo, el magnate, el siervo, el fascineroso y el gitano. No admite distingos en sus víctimas y casi siempre ataca cuando menos se espera, aunque poco importa que

contra él se ande prevenido, porque sus armas son potentes e invencible su fuerza.

Y aconteció que el tal malhechor les salió al paso al sucio aventurero y a la inocente lugareña, y con flechas fuertes y seguras atravesó sus corazones.

Las crónicas de la aldea no atinan a explicar el suceso, mas es lo cierto que en la calma de una media noche lluviosa, cuando las gentes dormían y en el burgo apenas se escuchaba el croar de las ranas y el aullido del viento, la caravana levantó sus toldas y se marchó alígera por el mismo sendero que la trajera días antes. Sólo que ahora iba con ella una alma más: Julia, la garrida moza de los ojos endrinos y los labios como guindas, la novia de Pedrín, el sobrino del cura. A la cabeza del jaco en que cabalgaba José, agarrada a éste y jadeante de emoción, huía la robusta muchacha.

Todo lo abandonó por seguir al haraposo aventurero: apacible heredad, huerto perfumado, suave paz de la aldea, enamorados rondadores de su fresca hermosura, padres y hermanos cariñosos, dulzura de los sitios que la vieron correr, recuerdo amante de Pedrín, su prometido ausente, todo, todo lo dejó, olvidadiza y terca, bajo el influjo de dos ojos de zíngaro, dos ojos que, con firmeza obsidiana, se le clavaron en la propia mitad del corazón, igual que si hubiesen sido dos flechas venenosas.

Fue aquel un amor turbulento, ilimitado, furioso. No supo la jovial campesina qué filtro irresistible, qué misterioso nepentes la diera el gitano para hacer que ella lo amara con pasión tan inmensa. Ella sólo sabía que le pertenecía en cuerpo y en espíritu a ese hombre, así como él era: sucio, descuidado, lardoso. Quizás si de repente se hubiera transformado en un mozo de apolínea figura, le habría aborrecido, habría huído de él, avergonzada y medrosa.

Ella le quería así: miserable y desharrapado como un mendigo, torpe y salvaje como una bestia feroz.

Por él se hubiera hecho matar humilde y sumisa; por él arrostrara los mayores peligros y sufriera gustosa las más viles torturas; de él se hubiera dejado azotar, embelesada y complacida; que la aplastara mil veces y la abofeteara y la cubriera de insultos, y ella, en cambio, le habría besado los pies, las manos y la boca, con muestras de deleite supremo. Pero a ello no hubo lugar jamás, porque José fue siempre para ella el más cariñoso y solícito de los amantes. La mimaba con las mayores ternezas y las caricias más ardientes. Parecía un padre que viajara con su única hija. Velaba su sueño en las noches, la fortalecía con palabras de miel en los cansancios de las jornadas, cogía para ella las más hermosas flores que hallaba en los senderos, y cuando agobiados de sed y de fatiga se detenían delante de un arroyo, él la daba a beber en el cuenco de las manos.

Como egoístas de su amorosa felicidad, ansiosos de compartirla y disfrutarla a solas, sin más testigos que la Naturaleza, se separaron de la turba fraterna, de los compañeros de peregrinaciones, y prosiguieron su ruta altivos y sonrientes.

Recorrieron ciudades populosas y villorrios paupérrimos; atravesaron cordilleras escarpadas y valles desiertos; cruzaron estériles llanuras, sombríos páramos, abrasantes caminos; soportaron los rigores del hambre y de la sed, las inclemencias del sol en los días de verano, y los azotes del huracán en las noches de invierno.

Hambre, sed, fatigas, lluvias, noches pasadas a la intemperie, días de bochornosos calores, aridez de las sendas, inmisericordias de las gentes, todo, todo lo sufrieron en complacencia mutua, llenos de fe en su amor, serenos ante los gestos de la adversidad, heroicos e indiferentes ante las cosas y los hombres.

En éxodo constante, como dos romeros sin patria, peregrinaban de pueblo en pueblo y de camino en camino. Ella decía a las gentes la buena ventura, él tocaba un organillo mugriento, y así ganaban el pan para comer e iban siempre risueños, infinitamente henchidos de caricias y mimos.

Y corrieron los meses y a los meses se sucedieron los años, hasta que un día, en la aridez de una recia jornada por entre regiones montuosas e insalubres, la zarpa violenta de una fiebre maligna cayó súbita y voraz sobre la escuálida naturaleza del gitano. Sin embargo, los dos amantes continuaron la marcha con la esperanza de hallar en aquel lóbrego camino un amparo para su tribulación. Mas fue inútil su empeño. En vano avanzaron trabajosamente, en vano exploraron angustiados las revueltas del sendero y la inmutable serenidad del horizonte lejano. Ni un alma, ni un bohío, nada encontraron que les diera protección y consuelo. Entonces, ya caída la tarde, perdida en ellos toda esperanza y sin fuerzas para seguir adelante, plantaron su tienda a la vera de la vía, en uno como remanso de sombra formado por un árbol de soberbio follaje.

Delirante y exánime, el zíngaro se echó sobre la hierba reseca y reposó la sién en el regazo tibio de la amada. Ella, estremecida, jadeante, llenó de caricias aquella frente sudorosa; y le cubrió con el ascua de sus besos la boca exangüe, como para evitar que el alma se escapara a traición, esa alma que ella amara sobre todas las cosas del mundo, con un amor jamás igualado por nadie en la tierra, superior a todos los amores, más elevado que todas las cimas, más profundo que todos los mares y abismos y más grande que todas las grandezas humanas.

La noche extendió su abanico de crespones sobre el camino solitario. Arriba, en la sidérea pantalla, las estrellas surgían lentas y temblonas como lirios de luz. Y mien-

tras en la espesura de la selva se confundía el clamoroso rumorear de los vientos con el grave eco que formaba un torrente vecino, en lo interior de la tolda gitana también se confundía el ronco estertor de un moribundo con el ahogado y flébil sollozar de una mujer inconsolable.

La agonía fue amarga pero breve. Apenas la luna empezaba a asomar su cara burlona tras el cerro lontano, cuando en una brusca sacudida de todos sus miembros el zíngaro entornó suavemente los párpados y exhaló el último aliento en un imperceptible suspiro.

Entonces ella, la moza que un día, por seguir al haraposo aventurero, abandonara la paz de su heredad, el sosiego de la aldea nativa y el amor de sus padres y hermanos; ella, que por él se hubiera hecho matar complacida y humilde, al verle ahora sin vida, sintió como si le acribillaran a puñaladas la carne del alma, como si en el fondo del corazón le hubiera estallado una bomba explosiva, como si en un desplome brutal el mundo todo hubiera caído sobre su cabeza. Y así, anonadada, epiléptica, sonámbula, toda la noche permaneció agarrada al cadáver, en un continuo derramamiento de llanto, con una interminable explosión de sollozos, al débil fulgor que por entre los desgarrones de la tienda filtraban misericordiosos los cirios de la altura....

*
* *

Cuando las primeras claridades de la madrugada siguiente tiñeron los campos y en las arboledas empezaron las aves a entonar el rosario de sus notas, aún permanecía la constante mozueta de bruces sobre el rígido cuerpo del gitano, cubriéndolo de besos cuyo estallido resonaba musical y sonoro en el concierto de la mañana. De pronto, alzó al cielo las secas pupilas y ante la luz espléndida que aquel amanecer iniciaba, se hincó de rodi-

llas y en religioso silencio oró largamente. Luégo se puso en pie, alocada y augusta, y como en exploración de algo extraño se echó a andar por entre las selvosas cercanías de la tienda. Erale preciso sepultar el cadáver del compañero amado; buscar un sitio oculto a la luz para colocar allí el cuerpo querido, donde no llegaran a profanarlo las aves carniceras.

Casi próximo a la tolda mortuoria y aledaño a unas malezas intrincadas, abría un abismo profundo sus pavorosas fauces, circuidas de piedras agudas. Julia se detuvo al borde del antro siniestro. Justamente ahí estaba lo que ella quería: era una tumba que pródida y cariñosa le deparaba la Naturaleza para depositar el muerto: una yacija honda y obscura hecha por la mano de Dios. Ningún lugar mejor que éste, tan escondido y solemne, para dejar los restos del que amara frenética. Pues sí que allí los dejaría, los arrojaría resueltamente. ¿Y qué? Que se pudriera esa carne, que las larvas cumplieran su función natural; a ella ya nada le importaba; ella seguiría por el mundo, continuaría su vida nómada y aceda, llevando en el corazón, intacta e incorruptible, la imagen del amado, del *único*. Y que el cuerpo quedara allí, en el precipicio tenebroso; ¡qué más daba! Nada: definitivamente esa era la tumba y ahí lo echaría. Un momento se inclinó para observar la profundidad, y luégo, aterrada, despavorida, con un brillo como de extraña resolución en los ojos y un gesto de firmeza en la boca, huyó en busca del cadáver....

Y aquella muchacha sencilla, delicada, débil; aquella inocente campesina que, por seguir en pos del miserable aventurero, abandonara un día el calor de su heredad, los cuidados y afectos de sus padres y el pacificante ambiente del nativo terruño; la dilecta de Pedrín, el honrado mocete que en el amor de ella cifrara un día las mayores venturas y que acaso todavía la llorara desesperado y

loco; ella, la grácil y sonrosada hembra que apenas podría sostener entre los brazos a un niño, llegó a la tol-da, un momento contempló el cuerpo inanimado del bohe-mio, y, súbita, decidida, lo alzó con varonil esfuerzo y se encaminó rápida y llorosa a la boca del espantable abismo.

Antes de arrojar el cadáver a la sima pavórica, qui-so, otra vez, colmarlo de besos. Y para ello lo depositó sobre una piedra musgosa, al propio borde del precipicio. Y lo besó en los labios, en las mejillas, en la frente, con-vulsa, obsesa, llena de fiebre y de delirio, como acometida de un espasmo libidinoso, como si todos sus movi-mientos fuesen impulsados por una voluntad superior, por una fuerza extraña e incontenible. Luégo, levantó las pu-pilas a la inmensidad de los cielos, y con las manos jun-tas, en actitud suplicatoria, permaneció unos instantes.... Después se inclinó, como presa de una determinación re-pentina, asió entre la blancura de sus brazos el rígido ca-dáver, se puso en pie sobre la piedra musgosa, y, ceñi-da fuertemente a aquel montón de carne, se arrojó veloz a la profundidad del abismo....

F. RESTREPO GÓMEZ.

REVISTA POLITICA

LA nota dominante de la quincena política ha sido el manifiesto lanzado por el Directorio bloquista y el programa que, bajo el título de *Lo que quiere el Partido liberal*, aparece publicado en el órgano de aque-lla parcialidad.

Uno y otro son importantes documentos que marcan nuevo rumbo en la acción política del bloque. Se diría que sus autores, convencidos al fin de que les faltaba el apoyo

de buena parte de la opinión liberal, han abandonado una campaña y muy hábilmente tratan de nacionalizar lo que hasta ayer no más consideraban como propios fueros y prerrogativas. En todo caso, el manifiesto a que nos referimos debe ser considerado como una declaratoria de política nueva en contraposición con la vieja política, o sea la seguida por el bloque desde la muerte del General Uribe Uribe.

Muy de acuerdo estamos en que necesarias son grandes energías y abnegación ejemplar «para mantener la solidaridad y restaurar la perdida cohesión en las filas del Partido liberal». Pero nos permitimos observar que aquellas dos condiciones no bastan para el fin deseado: preciso es que el país crea en la obra emprendida y que le dé su confianza; que ella sea prestigiosa, conducida por hombres capaces de infundir la ilusión del prestigio político.

Tal obra, que en definitiva es de crédito, sólo puede consolidarse con el tiempo. De otra suerte, los más bellos programas y los manifiestos más hábiles quedarán reducidos a palabras escritas sobre una cuartilla de papel.

Así lo comprende el país, que ha visto caer en tierra tántas bellas promesas «como proyectiles que han cumplido su parábola». Nuestro vocabulario político, al igual del peninsular, según la frase de un valeroso crítico de la España moderna, se halla infestado: preciso es que sus términos sean sometidos a lazareto.

Nosotros queremos y pedimos la organización liberal como elemento de paz y de progreso. Quien nos haya leído recordará que más de una vez en nuestras páginas ha resonado lo que Shelley llamaba

the passionate tumult of a clinging hope.

¡El apasionado tumulto de una esperanza que se obstina! Lo que no hemos deseado es que se fabrique—como

Ortega y Gasset decía refiriéndose a la obra de Cánovas— un partido liberal domesticado; especie de buen diablo o de pobre diablo, que sacuda cascabeles en la farándula política.

Tampoco deseáramos que tal cosa ocurriese ni al partido conservador, ni al republicano.

LA DIRECCIÓN.

Febrero 1.º de 1915.

Notas.

El cable aéreo de Manizales. La construcción de esta importante obra, que se halla bajo la dirección del ingeniero señor Jas. J. Linsay, empezó en 1913. La longitud total de la línea, desde Mariquita hasta Manizales, será de 73 kilómetros 357 metros. Hoy funciona hasta El Cedral, con lo cual la carga que viaja a Manizales a lomo de bueyes o de mulas ha ahorrado la mitad del trayecto. La jornada se rinde hoy en dos días, cuando antes requería ocho. El cable funciona en condiciones de movilizar 10 toneladas por hora, o sea 100 al día, en ambas direcciones. De Mariquita a El Fresno se ha trasportado maquinaria de hierro hasta de 500 kilos de peso sin peligro alguno. La mercancía invertirá sólo diez horas de Mariquita a Manizales; antes tomaba de ocho a quince días.

Desde el punto de vista económico, los siguientes datos muestran las enormes ventajas que de la nueva obra derivará el comercio del Departamento de Caldas: el gasto de movilización, por el sistema de recuas, de una cosecha de 200.000 sacos de café, es aproximadamente de \$ 600 a 700.0000 oro. Ese costo, por el sistema del cable, que-

daría reducido a \$ 300.000. Esto explica el incremento que en la actualidad toma, en la región recorrida por la nueva vía, el cultivo del café.

Ojalá que el ejemplo dado por la empresa del cable aéreo de Manizales, que es una hermosa realidad, sea imitado en otras regiones de Colombia que necesiten de medios de transporte eficaces y económicos.

BIBLIOGRAFIA

Geografía médica y patológica de Colombia.—Contribución al estudio de las enfermedades intertropicales, por el doctor Luis Cuervo Márquez. (Nueva York, *The Trow Press*, 1915).

Entre nuestra moderna producción científica debe ocupar puesto prominente la importante obra del doctor Cuervo Márquez que acaba de darse a la circulación.

Bien conocido es el nombre del autor como expositor científico: su tratado sobre Fiebre Amarilla es considerado como autoridad en la materia. La presente obra, que se halla dividida en cuatro secciones, correspondientes a Geografía Física, Climatología, Etnografía y Nosología, viene a ilustrar el estudio de las enfermedades intertropicales que, por ser las características de nuestro país, deben de preferencia interesarnos.

De la *Introducción* tomamos:

«Las nuevas condiciones de vida que imprimen a las naciones el aumento de producción industrial o el exceso de población, que implican la necesidad de nuevos mercados para la primera, y de nuevos campos de acción para la vida y el trabajo, para la segunda, hacen necesario el conocimiento de la patología exótica y el de la geografía física, de ella inseparable, de los países hacia donde se dirijan las corrientes comerciales o de emigración. De ahí la importancia de los estudios de Geografía Médica, especialmente la de países poco conocidos, sobre los cuales reinan prejuicios y errores que a todos conviene desvanecer.»